

Diplomacia, hispanismo y exaltación patriótica: la política española hacia Argentina y Uruguay durante la crisis cubana, 1895-1898

Diplomacy, Hispanism, and Patriotic Exaltation: Spain's Foreign Policy in Argentina and Uruguay during the Cuban Crisis, 1895-1898

Agustín Sánchez Andrés

Instituto de Investigaciones Históricas de la
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
asamadrid@hotmail.com

.....

Recibido: 3 de abril de 2016 • Aprobado: 2 de junio de 2016

Resumen

El estallido de la última crisis cubana condicionó la política exterior española hacia América Latina en general, y el Cono Sur en particular, entre 1895 y 1898. La estrategia de la diplomacia española estuvo orientada a conseguir que los gobiernos de la región no reconocieran la beligerancia de los separatistas cubanos, así como a impedir las actividades de sus agentes en el continente. Para ello, la diplomacia española movilizó al colectivo migratorio español y aprovechó los crecientes recelos provocados por el incremento del intervencionismo estadounidense en la región.

Palabras clave: diplomacia española, hispanismo, guerra de Cuba, Argentina, Uruguay

Abstract

The final stage of the Cuban war of independence between 1895 and 1898 shaped Spanish foreign policy toward the Southern Cone and Latin America in general. Spanish diplomacy during the period focused on pressuring governments of the region to not recognize the beligerency of the Cuban separatists and thus prevent Cuban agents from carrying out activities on the continent. To this end, Spanish diplomacy mobilized Spanish immigrants and took advantage of the anxiety caused by U.S. intervention.

Keywords: Spanish diplomacy, hispanismo, War of Cuba, Argentina, Uruguay

Las relaciones entre España y las repúblicas del Río de la Plata

La primera fase de la Restauración Borbónica en España (1874-1902) coincidió, en buena medida, con el desarrollo de la República Conservadora en Argentina (1880-1916) y el periodo conocido como la Modernización en Uruguay (1875-1915). Los tres casos constituyeron la fase final del trabajoso proceso de construcción de un Estado-nación liberal en cada uno de estos países. Todos ellos supusieron diferentes intentos para tratar de reformar por distintas vías unas estructuras socio-económicas anquilosadas e incorporar al correspondiente país a la modernidad. Las tres etapas estuvieron marcadas, asimismo, por los intentos de las respectivas burguesías conservadoras nacionales para poner fin a la inestabilidad política de las décadas precedentes y hacer frente al creciente activismo social del movimiento obrero, utilizando para ello un férreo control de los procesos electorales por medio de la consolidación de un sistema caciquil, bien mediante la alternancia representada en España por el turno dinástico, bien mediante el predominio del Partido Autonomista Nacional en Argentina o del Partido Colorado en Uruguay.¹

En este marco tuvo lugar un creciente acercamiento entre España y las dos repúblicas sudamericanas que puede explicarse, más que por razones de afinidad cultural e ideológica, por los vínculos creados a raíz del comienzo de la masiva emigración de peninsulares y por el relativo reforzamiento de las relaciones comerciales y financieras producido por este fenómeno.

A diferencia de lo que sucedió en el caso de otros países latinoamericanos, las relaciones con Argentina y Uruguay estuvieron prácticamente exentas de tensiones tras la independencia de éstos. La falta de intereses geopolíticos y comerciales comunes difirieron el establecimiento de relaciones diplomáticas hasta fines del segundo tercio del siglo XIX. Ello explica que España no reconociera formalmente la

.....

¹ Sobre los paralelismos entre el régimen de la Restauración y la República Conservadora véase el interesante estudio de Herrera, "Elites y poder".

independencia argentina hasta 1863 y la de Uruguay hasta 1870, si bien desde mediados de siglo mantenía relaciones consulares con ambos países y, en el caso de Uruguay, una estación naval permanente en Montevideo.²

El bajo perfil de las relaciones bilaterales contribuyó a que aquellas tuvieran, desde un principio, un tono cordial. Ello se vio facilitado por el hecho de que tanto la política exterior argentina como la uruguaya se desmarcaran durante el último tercio del siglo XIX del movimiento panamericanista y estuvieran dirigidas, en buena medida, a tratar de contener la creciente influencia de Washington en la región, buscando en Europa un contrapeso a la misma.³

No resulta extraño, por tanto, que la intervención española en el Pacífico entre 1864 y 1866 y el subsecuente conflicto entre la ex-metrópoli y la coalición formada por Perú, Chile, Ecuador y Bolivia no afectara a las relaciones con Argentina, que rechazó las incitaciones de las repúblicas del Pacífico para cerrar sus puertos a España.⁴ El gobierno de Montevideo, por su parte, no puso ningún obstáculo a la utilización de su fondeadero por la escuadra española de operaciones, pese a no tener todavía relaciones diplomáticas formales con la antigua metrópoli.⁵ Tampoco el estallido de la primera crisis cubana, en 1868, alteró la cordialidad de las relaciones diplomáticas. La opinión pública de los dos países rioplatenses se mantuvo al margen de las pasiones que el panamericanismo despertaba en otras partes del continente y ninguno de los dos gobiernos se planteó reconocer la beligerancia de los independentistas cubanos, ni mucho menos la independencia de Cuba, como sí lo hicieron varias repúblicas latinoamericanas.⁶

En el trasfondo de la posición argentina o uruguaya se encontraban las reticencias de la diplomacia de ambos países hacia el panamericanismo,

.....

² El proceso de reconocimiento español ha sido analizado por Figallo, "Argentina", pp. 219-238, y Oribe, "Uruguay", pp. 269-286.

³ Paradiso, "El poder de la norma", pp. 21-22.

⁴ Sánchez Andrés, "La intervención española", p. 357.

⁵ Díaz, *La diplomacia española*, pp. 241-257.

⁶ Sánchez Andrés, "Una diplomacia defensiva", pp. 487-516.

al que veían como un instrumento de Washington para extender su influencia sobre el resto del continente. Ninguno de estos gobiernos estaba interesado, por otra parte, en crear una crisis diplomática innecesaria con España en un momento en que se sentaban las bases de la política de atracción de los inmigrantes y capitales del viejo continente necesarios para el proyecto de modernización impulsado por las elites dirigentes rioplatenses. La contraparte vendría dada, sin embargo, por la irrelevancia de las relaciones bilaterales, más allá de la retórica hispanista utilizada ocasionalmente por ambas partes.⁷

El inicio de la masiva emigración de españoles al Río de la Plata comenzaría a modificar lentamente este estado de cosas a lo largo del último tercio del siglo XIX. El número de españoles en Argentina pasó de 34 000, en 1869, a 198 000, en 1895, casi todos llegados durante las dos últimas décadas del siglo. La mayoría de esta inmigración se concentró en Buenos Aires, donde los españoles constituían, hacia 1895, alrededor del veinticuatro por ciento de la población. Estas cifras convirtieron a los españoles en el segundo contingente migratorio, tan sólo por detrás de los italianos, y anticipaban la emigración masiva que tendría lugar durante los primeros veinte años del siglo XX.⁸ Un proceso similar tuvo lugar en el caso de Uruguay, que absorbió una buena parte de la emigración española al Río de la Plata, y donde había, en 1890, más de treinta y dos mil españoles, es decir el 15% de los habitantes del departamento de Montevideo, el cual concentraba a la mayoría de la población del país.⁹ La apertura, por la Compañía Trasatlántica, de una línea directa de vapores entre la península y el Río de la Plata, en 1888, contribuyó a incrementar los flujos migratorios.

.....

⁷ Ribadulla, *La amistad irreconciliable*, pp. 199-200.

⁸ Sobre la emigración española a Argentina en el último tercio del siglo XIX, véase Sánchez Alonso, *La inmigración española* y “La emigración española”, pp. 205-234. Sobre las características de dicha migración, véase, también, Moya, *Cousins and Strangers*.

⁹ La emigración española al Uruguay ha sido estudiada por Zubillaga, *Hacer las Américas*. Para una panorámica regional de esta emigración, véase el conjunto de trabajos incluidos en Puiggros *et al.* (eds.), *La inmigración española*.

Esta inmigración pronto se organizó en asociaciones civiles de carácter nacional o regional que funcionaron como centros de sociabilidad y solidaridad, dirigidos a preservar la identidad colectiva, al tiempo que facilitaban la inserción de estos colectivos en la sociedad receptora, y que sirvieron a menudo para articular las demandas de estos grupos ante los gobiernos de uno y otro lado del Atlántico, actuando en ocasiones como auténticos instrumentos de presión.¹⁰

La llegada de este enorme número de inmigrantes potenció las relaciones económicas bilaterales ya que, por una parte, incrementó la demanda de productos españoles, al tiempo que las actividades económicas de un sector de los recién llegados facilitaban la creación de redes comerciales y financieras con la península. La aparición de sendas cámaras españolas de comercio en Argentina y Uruguay, en 1887 y 1888, reflejaba este repunte del comercio bilateral. La balanza comercial era ampliamente favorable a España, que en la década de 1880 se convirtió en el cuarto exportador a la región, si bien ocupaba tan sólo el séptimo lugar como comprador del trigo y el tasajo exportados por Argentina y Uruguay. Con todo, el comercio se vio limitado por la debilidad de la marina mercante española y las medidas proteccionistas impuestas por el gobierno argentino a la importación de vinos españoles a fin de proteger la creciente producción nacional –en parte impulsada, precisamente, por bodegueros españoles– y por medidas similares impuestas por el *lobby* cerealero castellano a la importación del trigo argentino.¹¹

La importancia de las remesas enviadas por esta inmigración a España determinaría que el colectivo migratorio español tuviera un gran protagonismo en el desarrollo del sistema financiero argentino, como puso de manifiesto la fundación, en 1887, del Banco Español del Río de la Plata, que pronto se convertiría en la principal institución financiera del país, y que sería seguido, a principios del siglo XIX, por la creación del Banco de Comercio Hispano-Argentino y del Banco de Galicia y Buenos Aires.¹² Estas instituciones de crédito pronto crearían

.....
¹⁰ Véase Duarte, “España en la Argentina”, pp. 469-500.

¹¹ Fernández, *Un “mercado étnico”*.

¹² Figallo, *Argentina y España*, pp. 96-97.

sucursales en la península contribuyendo, a su vez, a la consolidación del sistema financiero español.

La defensa de los intereses de este numeroso colectivo migratorio pasaría a condicionar las relaciones de España con Argentina y Uruguay. Unas relaciones con una importante carga de retoricismo hispanista, sobre las que tendrían un peso limitado los intercambios comerciales y financieros, y que se caracterizarían por unos vínculos culturales cada vez más estrechos, de la mano de la influencia, en estos países, del regeneracionismo español.¹³ La política española hacia las repúblicas sudamericanas durante la última década del siglo XIX siguió supeditada, sin embargo, a consideraciones de orden geopolítico, derivadas del mantenimiento de la soberanía española en Cuba y Puerto Rico en un contexto de crisis colonial.

El estallido de la crisis cubana y las primeras acciones de la diplomacia española

El inicio de una nueva insurrección en Cuba, en febrero de 1895, volvió a convertir al continente americano en el centro de atención de la diplomacia española. Una vez que se puso de manifiesto el fracaso de las autoridades españolas para evitar la extensión del levantamiento, los representantes españoles en la región trataron de coordinar sus esfuerzos para evitar que los independentistas cubanos recibieran ayuda de las naciones americanas, como había sucedido durante la Guerra de los Diez Años. Con este objetivo, la diplomacia española procedió a crear una red de inteligencia en Estados Unidos y en aquellos países latinoamericanos susceptibles de ser utilizados por los independentistas cubanos para organizar expediciones o envíos de armas, bien por su proximidad a las costas de Cuba, bien por contar con una numerosa colonia antillana. El gobierno español presionó, al mismo tiempo, a los gobiernos americanos para que restringieran las actividades de los activistas cubanos en su territorio, al tiempo que trataba

.....

¹³ Véase Ribadulla, *La "amistad irreconciliable"*, y Figallo, *Argentina y España*, pp. 69-75 y 82.

por diversos medios de contrarrestar las lógicas simpatías que la causa de Cuba despertaba en importantes sectores de la sociedad americana.

El Ministerio de Estado diseñó una estrategia común para el conjunto de América Latina, cuya máxima expresión fueron las circulares enviadas por el ministro de Estado, Carlos Manuel O'Donnell, duque de Tetuán, a los representantes españoles en la región, el 11 de octubre y el 7 de diciembre de 1895. La primera, sentaba las bases para la coordinación de las distintas legaciones españolas en el continente americano a través de la embajada española en Washington.¹⁴ La segunda, definía los principios que debían regir la actuación del conjunto de los representantes españoles durante la crisis.¹⁵ Ambas circulares habían sido elaboradas por la Sección de Política de América del Ministerio como parte de un esfuerzo por categorizar las distintas situaciones que los representantes españoles podrían afrontar, partiendo de la legalidad o ilegalidad de las acciones de los activistas cubanos en el marco de las distintas legislaciones nacionales y haciendo énfasis en la utilización, cuando fuera posible, de la vía confidencial y oficiosa en sus gestiones con los distintos gobiernos americanos.

Curiosamente, la circular de diciembre de 1895 respondía a un despacho del representante español en Montevideo, Ramiro Gil Uribarri, quien en octubre había solicitado al Ministerio de Estado que le remitiese instrucciones que le permitieran normar su conducta en relación con la cuestión cubana.¹⁶

El gobierno uruguayo se había mostrado receptivo a las primeras gestiones de la legación española e incluso había destituido a su cónsul en Fernandina por su cercanía al exilio cubano en Florida.¹⁷

.....

¹⁴ Circular del Ministerio de Estado a los representantes españoles en Hispanoamérica, 11 de octubre de 1895, en Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), exteriores, leg. H-2896.

¹⁵ Circular del Ministerio de Estado a los representantes españoles en Hispanoamérica, 7 de diciembre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2896.

¹⁶ Informe de la Sección de Política del Ministerio de Estado sobre las instrucciones a los representantes españoles en Hispanoamérica, 28 de noviembre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2896.

¹⁷ Gil a duque de Tetuán, 1 de octubre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2896.

El representante español se mostraba, no obstante, inquieto a causa de la creciente agitación de la colonia española en el país y de las divisiones que la cuestión cubana provocaba en el seno de la propia clase política uruguaya.

El estallido del conflicto provocó una ola de exaltación patriótica entre la numerosa colonia española en Uruguay, que se adhirió a la iniciativa impulsada por las principales asociaciones del colectivo español en Argentina para promover el reclutamiento de voluntarios para el ejército español en Cuba. Gil había conseguido que el presidente Juan B. Idiarte Borda autorizara que el embarque de los mismos tuviera lugar en Montevideo. La gestión respondía a una petición de la legación española en Buenos Aires que temía un tumulto si los voluntarios se embarcaban en la capital argentina. La medida resultó contraproducente, ya que dio lugar a diversos incidentes con motivo de la llegada a Montevideo del primer contingente bonaerense de voluntarios, en septiembre de 1895. El malestar de las autoridades uruguayas se incrementó cuando más de diez mil personas se agolparon en los muelles para despedir a los 989 voluntarios, 126 de los cuales provenían de Uruguay, que embarcarían en el vapor *San Francisco*.¹⁸ La situación se hizo más tensa cuando *El Correo Español*, principal vocero de la colonia española en Buenos Aires, que contaba con numerosos suscriptores en la propia Montevideo, inició una campaña de ataques contra los representantes españoles en las repúblicas del Plata, a los que responsabilizaba de haber impedido que el embarque de los voluntarios hubiera tenido lugar en Buenos Aires.¹⁹

La preocupación de Gil Uribarri se acrecentó cuando un grupo disidente del Partido Colorado, constituido por el Club Radical “Rivera”, dirigido por Carlos Travieso, organizó el 10 de octubre una conferencia a favor de la independencia de Cuba.²⁰ Ello provocó que el principal diario español en Uruguay, *La España Moderna*, recordara con acritud el nombramiento de José Martí como cónsul uruguayo

.....

¹⁸ Gil a duque de Tetuán, 16 de septiembre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2896.

¹⁹ Gil a duque de Tetuán, 17 de septiembre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2896.

²⁰ Gil a duque de Tetuán, 16 de octubre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2896.

en Nueva York, entre 1887 y 1892, e iniciara una peligrosa polémica periodística con *El Día*, portavoz del sector batllista del partido gubernamental que, sin decantarse a favor o en contra de la independencia de Cuba, cuestionaba el derecho de la inmigración española a determinar la política exterior de la República Oriental.²¹

El representante español consiguió que *La España Moderna* acabara desligándose de esta polémica, al tiempo que obtenía garantías de Idiarte de que el gobierno no compartía la posición de Travieso.²² A favor de Gil jugaba el temor de la administración uruguaya a que la cuestión cubana pudiera acentuar la fragmentación del bloque gubernamental en un contexto de creciente polarización política que culminaría con el asesinato del propio Idiarte en agosto de 1897. Por este motivo, la cúpula del Partido Colorado acordó, en noviembre, impedir cualquier pronunciamiento en torno a la independencia de Cuba a fin de evitar divisiones al interior de esta agrupación.²³ Ese mismo mes, Gil obtuvo del presidente uruguayo el compromiso de “dar nuevas órdenes a la policía para evitar todo tipo de manifestaciones” favorables a la independencia de Cuba, a fin de evitar “provocaciones a la inmigración española”.²⁴ La legación española consiguió, asimismo, el respaldo de la italiana para evitar que sus connacionales pudieran sumarse a las actividades organizadas por los activistas cubanos.²⁵

El gobierno uruguayo cumplió sus compromisos y el nuevo mitin organizado por el Club “Rivera” tuvo que celebrarse en un local cerrado, bajo la atenta vigilancia del temido Escuadrón de Orden Público, cuya sola presencia desalentó la concurrencia de público

.....

²¹ *La España Moderna*, Montevideo, 7 de octubre de 1895; *El Día*, Montevideo, 8 de octubre de 1895. Sobre la gestión de Martí como cónsul de Uruguay en Nueva York, véase Cabañas *et al.*, *José Martí*.

²² Gil a duque de Tetuán, 16 de octubre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2896.

²³ Informe de la Sección de Política del Ministerio de Estado sobre la actitud de las repúblicas hispanoamericanas en la cuestión de Cuba, 1895-1896, s. f. [1896], en AHN, exteriores, leg. H-2904.

²⁴ Gil a duque de Tetuán, 22 de octubre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2896.

²⁵ Gil a duque de Tetuán, 9 de noviembre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2896.

y evitó cualquier tipo de manifestación pública una vez concluido el acto.²⁶ Casi simultáneamente, el ministro oriental en España refrendaba al gobierno español que “el gobierno de Uruguay no consentiría manifestación alguna en favor de la rebelión cubana”.²⁷ El gabinete presidido por Antonio Cánovas reiteró, por su parte, una y otra vez a Gil la conveniencia de adoptar una actitud prudente, evitando polemizar con la prensa uruguaya e interponiendo una influencia moderadora sobre los sectores más exaltados de la colonia española a fin de evitar incidentes que pudieran comprometer la colaboración uruguaya.²⁸

El gobierno de la otra orilla del estuario del Plata adoptó una posición similar. El temor a que la soberanía española en Cuba acabara siendo reemplazada por la norteamericana llevó a la administración de José Félix Uriburu a contemplar con reticencia, desde un primer momento, el levantamiento cubano. La presencia del poderoso grupo de presión que constituían los cerca de doscientos mil inmigrantes españoles establecidos en Argentina contribuyó, asimismo, a que el gobierno bonaerense adoptara una posición favorable al mantenimiento de la soberanía española en la isla.

Esta situación facilitó las gestiones del representante español en Argentina, Juan Durán, que mantenía estrechas relaciones de amistad con diversos miembros del gabinete y, en especial, con el expresidente Julio A. Roca, quien desde la presidencia del Senado continuaba siendo el verdadero “hombre fuerte” del régimen político argentino. Todo ello llevó al gobierno de Uriburu a declarar que la cuestión de Cuba constituía un asunto interno de España.²⁹ Este posicionamiento venía a reproducir, en definitiva, la postura española hacia la crisis cubana, por lo que el Ministerio de Estado no dejó pasar la

.....

²⁶ Gil a duque de Tetuán, 15 de noviembre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2896.

²⁷ Juan Zorrilla a duque de Tetuán, 30 de noviembre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2896.

²⁸ Duque de Tetuán a Gil, 7 de diciembre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2900.

²⁹ Informe de la Sección de Política de América del Ministerio de Estado sobre la actitud de las repúblicas americanas en la insurrección de Cuba, 1895-1896, s.f [1896], en AHN, exteriores, leg. H-2904.

oportunidad de utilizar la declaración argentina para tratar de condicionar la posición de otros gobiernos latinoamericanos, como el mexicano.³⁰

Con todo, la buena disposición del gobierno de Buenos Aires tenía sus límites, como puso de manifiesto la negativa argentina a que sus consulados supeditaran cualquier embarque de armas al permiso del Ministerio de Relaciones Exteriores, si bien las autoridades argentinas satisfacerían parcialmente esta demanda pocos meses después, al acceder a informar a la legación española del origen y destino final de todas las importaciones de material militar dirigidas a sus puertos.³¹

La actitud argentina allanó considerablemente las gestiones del propio Durán ante el gobierno de Asunción, cuya política exterior estaba mediatizada en gran medida por Buenos Aires. Las simpatías de la oposición liberal paraguaya por la causa cubana obligaron a Durán –de quien también dependían las relaciones con el país guaraní– a desplazarse a la capital paraguaya en el verano de 1895. El representante español no sólo logró asegurarse la neutralidad paraguaya, sino también que el presidente Juan B. Egusquiza se comprometiera a evitar cualquier actividad proselitista de los independentistas cubanos en su territorio. El ministro español consiguió, igualmente, el respaldo de los sectores del Partido Liberal integrados en el gobierno de coalición paraguayo, liderados por el general Benigno Ferreira.³²

Ello no impidió que el congreso celebrado en la capital paraguaya por la Confederación Internacional Republicana, en octubre de 1895, se pronunciara a favor de la independencia de la gran antilla. Este suceso daría lugar a nuevas gestiones por parte del encargado de negocios dejado por Durán en Asunción, que llevaron al gobierno paraguayo a refrendar su amistad con España, al tiempo que se comprometía a impedir cualquier nueva muestra pública de apoyo a Cuba.³³

.....

³⁰ Duque de Tetuán a Ignacio Mariscal, secretario de Relaciones Exteriores de México, 13 de mayo de 1895, en Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en adelante AHGE-SRE), LE-1335.

³¹ Durán a duque de Tetuán, 27 de marzo de 1896, en AHN, exteriores, leg. H-2899.

³² Durán a duque de Tetuán, 30 de octubre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2894.

³³ Durán a duque de Tetuán, 4 de diciembre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-2894.

La magnificación, por parte de la prensa porteña, de los sucesos de Asunción provocaría un clima de agitación nacionalista entre los sectores más radicalizados de la colonia española en el Río de la Plata. Esta situación enfrentaría a los representantes diplomáticos españoles en la región con el principal obstáculo a su misión: evitar que el grado de exaltación de una parte de la colectividad española en Argentina y Uruguay acabara provocando un incidente que pudiera comprometer la colaboración de las autoridades de estos países.

La diáspora migratoria en el Río de la Plata y la Guerra de Cuba

El inicio de la Guerra de Cuba desató un clima de exaltación nacionalista entre la colonia española en Argentina, extendido posteriormente a Uruguay. La difusión por el gobierno español de un decreto concediendo el indulto a todos aquellos inmigrantes que habían escapado del servicio militar, en el caso de que éstos se presentasen voluntarios para ir a Cuba, dio lugar a un intenso debate en el seno de la colectividad hispana.

Este debate —alentado por *El Correo Español*— se desarrolló en el seno del asociacionismo español en Argentina, configurado por una diversidad de organismos de carácter nacional o regional en torno a los cuales se articulaban las prácticas sociales y culturales que vertebraban identitariamente al colectivo español. Entre los más importantes se encontraban el Club Español, fundado en 1857 y que agrupaba a la elite socioeconómica de la colonia; la Sociedad Española de Beneficencia (1852), a la que pertenecía el Hospital Español; el republicano Ateneo Español de Buenos Aires (1879); el Laurak Bat (1877); el Centre Catalá (1886); el Centro Asturiano (1895) y diversas asociaciones mutualistas locales, como la Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires (1882), entre muchas otras.³⁴

.....
³⁴ Fernández, “El asociacionismo español”, pp. 469-501.

La colectividad española había llevado a cabo, con anterioridad, diversas demostraciones de patriotismo español, quizás como reacción al predominio de actitudes hispanófobas dentro del imaginario nacional construido por la elite argentina. La crisis hispano-germana de 1885 y la celebración del IV centenario del descubrimiento, en 1892, constituyeron los principales hitos de este proceso.³⁵ También respondió a este fenómeno la controvertida campaña iniciada en 1893 por el Club Español para retirar del himno nacional argentino las estrofas que resultaban hirientes para la sensibilidad española, las cuales dejarían de recitarse en 1899 por decisión presidencial.³⁶ Se trató de un fenómeno transversal a las profundas divisiones ideológicas de la colectividad hispana entre monárquicos, republicanos, e incluso carlistas; pues todos estos grupos participaron por igual, con la única excepción de los anarquistas.³⁷

El predominio dentro del colectivo migratorio español de posiciones proclives a la exaltación patriótica sería acompañado durante la última década del siglo por el progresivo giro hacia posiciones hispanistas de un sector de la elite política y cultural porteña que comenzó a revalorar el legado cultural de la colonia en busca de elementos que caracterizaran una identidad nacional cada vez más diluida por la ola migratoria.³⁸

El estallido de la última crisis cubana serviría para amalgamar, una vez más, los anhelos patrióticos del colectivo español en el Río de la Plata. La elaboración de listas de voluntarios para ir a Cuba impulsada por una veintena de sociedades españolas acabó materializándose en la presentación ante el consulado general de Buenos Aires, en mayo de 1895, de una relación de más de diez mil firmas. La iniciativa de la colonia fue transmitida por Durán al gobierno español que –consciente de su valor propagandístico– la aceptó, encomendando poco después a las legaciones de Buenos Aires

.....

³⁵ García Sebastiani, “España fuera de España”, pp. 485-487.

³⁶ Sobre esta polémica, véase García, “...‘Y a sus plantas””, pp. 195-221.

³⁷ García Sebastiani, “España fuera de España”, p. 486.

³⁸ Bertoni, *Patriotas cosmopolitas*, pp. 189-190.

y Montevideo organizar el reclutamiento y traslado a Cuba de los voluntarios. Entre septiembre de 1875 y febrero de 1896 tres expediciones sucesivas trasladarían a La Habana a 2 600 voluntarios, si bien el elevado costo del traslado, realizado por medio de vapores especiales de la Compañía Trasatlántica, acabaría poniendo fin a dichos embarques.³⁹

La agitación de la colonia española llevó, como vimos, a los representantes españoles en ambas repúblicas a disponer que los voluntarios embarcaran en Montevideo. Ello dio lugar a diversos incidentes en esta ciudad en septiembre de 1895 que, con un carácter más grave, se reproducirían en Buenos Aires en enero de 1896, cuando un grupo de españoles disolvió violentamente un acto a favor de la independencia de Cuba. La indignación de la prensa porteña por la actitud de los sectores más intransigentes de la colonia española provocaría la alarma del Ministerio de Estado, que encargó a la legación que transmitiera sus disculpas al gobierno argentino y que tratara de canalizar a través de actividades controladas por la legación los sentimientos nacionalistas del colectivo español en Argentina.⁴⁰

La preocupación de Durán por impedir la repetición de este tipo de sucesos llevó al representante español a enfrentarse con los sectores más radicalizados de la colonia y a intentar coordinar de algún modo las acciones patrióticas de las distintas asociaciones que agrupaban a la inmigración española. Su preocupación era compartida por la mayor parte de la élite socio-económica española, la cual aceptó la sugerencia del ministro de crear un organismo coordinador de las actividades, desarrolladas hasta entonces de manera autónoma por las distintas organizaciones españolas. De este modo, en un acto multitudinario celebrado en la Plaza Euskara del Laurak Bat, el 22 de marzo de 1896, tenía lugar la creación de la Asociación Patriótica Española (APE).⁴¹

.....

³⁹ García, “Voluntarios españoles”, pp. 113-128.

⁴⁰ Durán a duque de Tetuán, 24 de enero de 1896, en AHN, exteriores, leg. H-2899.

⁴¹ Sánchez Mantero *et al.*, *La imagen de España*, p. 91.

La APE integraba a más de una veintena de asociaciones y periódicos españoles, cuyos presidentes conformaron la junta directiva del nuevo organismo.⁴² Durán, nombrado presidente honorario, logró situar en la presidencia a su íntimo amigo, Gonzalo Segovia, conde de Casa-Segovia, apoderado en Argentina de la Casa Bemberg. De este modo, la legación consiguió ejercer un cierto control sobre los sectores más exaltados de la inmigración y canalizar su entusiasmo hacia la recaudación de fondos para apoyar el esfuerzo español para la Guerra en Cuba.⁴³

El nuevo organismo extendió pronto sus actividades a la totalidad de la República Argentina, donde se crearon 123 juntas locales al calor de la suscripción iniciada en abril de 1896 para regalar un buque de guerra a la marina española. El entusiasmo despertado por esta propuesta entre el conjunto del colectivo español facilitaría la creación de juntas similares en el resto de las colectividades españolas en América.⁴⁴ En octubre de 1896, la APE contrató con la sociedad francesa Forges et Chantiers de la Méditerranée la construcción, en Le Havre, del crucero *Río de la Plata* por una cantidad de 3 650 000 francos.⁴⁵

.....

⁴² La junta directiva de la APE quedaba integrada, además de los 16 vocales elegidos por la asamblea, por los presidentes de las siguientes organizaciones: el Club Español, la Sociedad Española de Beneficencia, la Asociación Española de Socorros Mutuos, el Monte-Pío de Montserrat, el Laurak Bat, la Cámara de Comercio Española, el Centre Catalá, el Centro Unión Obrera Española, el Orfeón Español, el Orfeón Gallego, el Centro Asturiano, el Orfeón Asturiano, el Veloz Club Español, el Centro Méndez Núñez, la Sociedad Recreativa Cervantes, el Club Submarino Peral, el Centro Gayarre, la Juventud Española, el Círculo Andaluz, el Círculo Valenciano, el Centro Aragonés, la Sociedad de Mozos y Cocineros, las sociedades españolas de socorros mutuos de San Fernando, La Boca, Barrancas y Buenos Aires, *El Correo Español*, *El Eco de Galicia*, *La Vasconia* y *La Voz de Covadonga*. Véase *Asociación Patriótica Española*, p. 42.

⁴³ Durán a duque de Tetuán, 24 de enero de 1896, en AHN, exteriores, leg. H-2899.

⁴⁴ Arellano a duque de Almodóvar del Río, 1 de febrero de 1899, en AHN, exteriores, leg. H-2314.

⁴⁵ Garabedian, "La Guerra de Cuba", p. 73. El barco no sería terminado y entregado a la armada española hasta 1899, cuando la Guerra Hispano-Norteamericana ya había concluido.

Si bien esta fue la iniciativa más llamativa de la APE, dicha organización también contribuyó con importantes sumas, entre 1896 y 1898, para subvencionar las actividades de la Cruz Roja Española en Cuba y Filipinas.⁴⁶

La colectividad española en Uruguay se organizó de forma parecida. En febrero de 1896 concluía sin incidentes el último embarque de voluntarios hacia Cuba. Un mes más tarde, la legación española promovió una multitudinaria reunión de españoles en el Centro Gallego de Montevideo en la que se acordó abrir una suscripción para contribuir al pago de los gastos de la campaña de Cuba.⁴⁷ Los fondos recaudados por la misma se sumaron, desde octubre, a la suscripción organizada por la APE en Argentina. Emulando la estrategia que tan buenos resultados le había dado a su colega de Buenos Aires, Gil consiguió impulsar, en noviembre de ese mismo año, la constitución de una Comisión Patriótica Española (CPE) que coordinara el desarrollo de la suscripción. La Comisión fue integrada desde el principio por algunos de los principales empresarios y comerciantes españoles en Uruguay, como Bernardino Ayala, Antonio Serratosa, Leoncio Monge, Juan Grela o Cipriano Martínez, entre otros. Su creación fue acompañada por la fundación del diario *La Voz de España*, encargado inicialmente de promover las actividades de la Comisión y de difundir la propaganda española en torno al conflicto.⁴⁸

Tanto la APE como la CPE canalizaron el entusiasmo patriótico desplegado por la colectividad española en el Río de la Plata y reforzaron el liderazgo de los sectores que constituían la elite española, que pudo así estrechar sus vínculos con sus contrapartes rioplatenses y con el propio gobierno español, puenteando en ocasiones a las propias legaciones españolas en Buenos Aires y Montevideo. Concebida inicialmente como una federación temporal de asociaciones, la APE

.....

⁴⁶ Ortiz y San Pelayo, *Boceto histórico*, p. 232.

⁴⁷ Gil a duque de Tetuán, 11 de marzo de 1896, en AHN, exteriores, leg. H-2900.

⁴⁸ José Calatayud, cónsul general en Montevideo, a Ministerio de Estado, 15 de noviembre de 1896, en AHN, exteriores, leg. H-2900. Sobre la fundación y actividades de la CPE, véase *Memorias de la Comisión*.

—a diferencia de la CPE— lograría subsistir tras el final de la coyuntura que la había originado y llegar hasta nuestros días —como Asociación Patriótica y Cultural Española— convertida en uno de los espacios de representación y sociabilidad más importantes de la colectividad española en Argentina.

Aproximaciones y conflictos en la etapa final de la crisis cubana

La prolongación de la crisis cubana no puso fin a la cooperación de los gobiernos argentino y uruguayo con la posición española. Ello se vio facilitado por el relativo control ejercido por los representantes diplomáticos españoles sobre la APE y la CPE que, desde principios de 1896, coordinaban las actividades del colectivo migratorio español en el Río de la Plata, lo que contribuyó a poner fin a los incidentes recurrentes que habían tenido lugar durante los primeros meses del conflicto. Tanto Gil como Durán consiguieron, asimismo, que los principales periódicos españoles evitaran polémicas con los medios argentinos o uruguayos en torno a las noticias sobre la guerra difundidas por la delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York o a través de las agencias de prensa estadounidenses.

La ausencia de incidentes contribuyó a evitar que la sociedad rioplatense, que simpatizaba mayoritariamente con la independencia de Cuba, llegara a adoptar una posición militante hacia la cuestión cubana y que este tema quedara fuera del debate político. Esto último fue en gran medida producto de la desconfianza de la clase política e intelectual de las repúblicas sudamericanas hacia el creciente intervencionismo estadounidense en el Caribe. La aprobación por el Congreso del país del Norte de una resolución favorable al reconocimiento de la beligerancia de los rebeldes cubanos, en marzo de 1896, puso de manifiesto el apoyo que los rebeldes cubanos encontraban en Estados Unidos. Si bien el presidente Stephen Grover Cleveland se negó a refrendar esta medida, las elites políticas e intelectuales argentinas y uruguayas se mostraron cada vez más convencidas de que Washington respaldaba la insurrección cubana con el fin de anexionarse la isla.

El propio Idiarte expresó en privado al representante español, en diciembre de 1896, su preocupación por “la actitud de Norteamérica, que revela el afán de apoderarse de Cuba, para ejercer más tarde su hegemonía sobre estos países”.⁴⁹

Esta situación explica que un sector de la prensa sudamericana comenzara progresivamente a defender el mantenimiento de la soberanía española en Cuba. Este giro fue especialmente perceptible en Uruguay, donde la prensa oficial, por ejemplo *El Telégrafo Marítimo*, acabó adoptando una posición hispanófila hacia el conflicto cubano, muy similar a la sustentada por la prensa opositora cercana al Partido Nacional, cuyos principales periódicos habían asumido posiciones abiertamente hispanistas, como ocurrió con *El Bien*, principal vocero de la Iglesia católica en Uruguay.⁵⁰ También en el caso argentino, los principales diarios, como *La Nación* y *La Prensa*, dejaron de publicar los partes enviados por la delegación de Nueva York, al tiempo que prodigaban muestras de simpatía hacia España.⁵¹

La legación española en Montevideo consiguió, incluso, que el gobierno de Idiarte estrechara la cooperación con la antigua metrópoli y, a partir de julio de 1896, informara al gobierno español de todos los embarques de armas autorizados por sus consulados en el extranjero, como ya llevaba haciendo desde hacía unos meses el gobierno argentino. Pocos meses después, las autoridades uruguayas prohibían la organización de un mitin favorable a la independencia de Cuba en la Universidad Central de Montevideo.⁵²

La situación se tornaría más complicada conforme se ponía de manifiesto el fracaso de la política represiva puesta en marcha por el general Valeriano Weyler para pacificar Cuba. Pese a su relativo éxito militar,

.....

⁴⁹ Gil a duque de Tetuán, 29 de diciembre de 1896, en AHN, exteriores, leg. H-2900.

⁵⁰ Gil a duque de Tetuán, 11 de diciembre de 1896, en AHN, exteriores, leg. H-2900. La posición de la prensa uruguaya hacia la cuestión cubana puede seguirse en Pérez, “El 98 español”, pp. 129-139.

⁵¹ López Mesa, “La colonia cubana”, p. 2.

⁵² Gil a duque de Tetuán, 6 de julio y 29 de diciembre de 1896, en AHN, exteriores, leg. H-2900.

el coste humanitario de la política de reconcentración de la población rural cubana resultaba devastador para la legitimidad de la posición española en la Isla, al tiempo que erosionaba cada vez más la actividad diplomática de España en América. La sustitución de Stephen G. Cleveland por el republicano William McKinley, en marzo de 1897, acentuó la presión estadounidense para que España pusiera fin a la reconcentración y llegara a un imposible acuerdo con los independentistas cubanos.

Pocos días después de la toma de posesión de McKinley estallaba una revolución en Uruguay. Las tropas gubernamentales controlarían en pocos meses la situación, pero el asesinato de Idiarte, en agosto de 1897, y su sustitución por Lindolfo Cuestas introdujeron un clima de incertidumbre en la política uruguaya. El denominado Pacto de la Cruz ponía fin, en septiembre, a la guerra civil, sobre la base de un compromiso entre blancos y colorados, pero relegaba del poder al sector colectivista del Partido Colorado, dirigido por el expresidente Julio Herrera y Obes, el cual había constituido el núcleo de la coalición política que, hasta ese momento, había respaldado a España en la cuestión cubana.⁵³

La preocupación de Gil se incrementó a raíz de la llegada a Montevideo de Aristides Agüero, agente de la delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York, en septiembre de ese mismo año. Concentrada en alimentar la insurrección mediante el envío de hombres y armas desde Estados Unidos y el Caribe, la dirigencia cubana había demorado el envío de un agente al Cono Sur hasta el verano de 1897. La escasa importancia de la colonia cubana en estos países y su nula influencia social y política explican la inacción de la delegación, dirigida por Tomás Estrada Palma tras la salida de José Martí hacia Cuba, donde encontraría poco después una muerte heroica. En este sentido, la llegada de Agüero a Uruguay, en el curso de una gira del agente cubano por el sur del continente, marcaba el primer intento serio de la delegación para conseguir apoyos y tratar de forzar una inflexión en la posición favorable a España mantenida hasta ese momento por los gobiernos de la región.⁵⁴

.....

⁵³ Gil a duque de Tetuán, 20 de septiembre de 1896, en AHN, exteriores, leg. H-2900.

⁵⁴ Sobre las actividades de Agüero en el Río de la Plata, véase Morales Pérez y Sánchez Andrés, *Diplomacias en conflicto*, pp. 297-305.

Agüero logró entrevistarse en secreto con Cuestas, todavía presidente interino, quien le manifestó sus simpatías e incluso se mostró vagamente dispuesto a negociar en el futuro con Argentina, Chile o Brasil el reconocimiento conjunto de la beligerancia cubana. Un compromiso que nunca llevaría a cabo tras alcanzar la presidencia. Cuestas, al menos, autorizó la reactivación de la campaña procubana iniciada en 1895 por el Club “Rivera”, que celebró un nuevo mitin a favor de la independencia de Cuba en octubre de 1897. El acto fue interrumpido por grupos exaltados de españoles —enardecidos por un editorial de *La España*— y terminó en enfrentamientos callejeros con la policía uruguaya, que hubo de escoltar hasta su hotel a Agüero. La algarada provocó la detención de varios peninsulares —incluido el director de *La España*, considerado instigador de los desórdenes— y reactivó las críticas de la prensa uruguaya hacia la prepotencia con la que se conducía el colectivo peninsular.⁵⁵

La crisis coincidió con el cambio de gobierno en España a raíz del asesinato de Cánovas del Castillo por un anarquista italiano en agosto de 1897. El nuevo gabinete liberal, presidido por Práxedes Mateo Sagasta, puso en práctica una nueva política hacia Cuba, centrada en la concesión de un régimen autonómico a la isla en noviembre de 1897.⁵⁶ Estas medidas fueron acompañadas de una ofensiva diplomática española encaminada a debilitar el apoyo de la opinión pública estadounidense y latinoamericana hacia la causa cubana.

En este contexto, el ministro español se apresuró a desactivar la crisis antes de que pusiera en peligro la cooperación prestada hasta ese momento por las autoridades uruguayas. Tras entrevistarse con el ministro de Relaciones Exteriores, Mariano Ferreira, Gil obtuvo el compromiso del gobierno uruguayo de impedir cualquier nuevo acto de Agüero en calidad de representante “de la inexistente República de Cuba”, al tiempo que obtenía garantías de que la nueva administración mantendría

.....

⁵⁵ Gil a Pío Gullón, nuevo ministro de Estado, 16 de octubre de 1897, en AHN, exteriores, leg. H-2903.

⁵⁶ Sobre esta cuestión, véase Sánchez Andrés, “Entre la espada y la pared”, pp. 7-41.

la política de la precedente en torno a Cuba.⁵⁷ El gobierno español, por su parte, tuvo que renunciar a solicitar la liberación de aquellos detenidos, a causa de los tumultos, que eran de origen español pero nacidos en Uruguay, ya que el tratado hispano-uruguayo de 1882 consideraba a los mismos como ciudadanos de este país.⁵⁸ El cambio de notas entre ambos gobiernos fue seguido por una entrevista entre Gil y Cuestas en la que éste refrendó al ministro español su compromiso de seguir considerando la crisis cubana como un asunto interno de España.⁵⁹

La legación española en Argentina tomó buena nota de los problemas provocados por las actividades de Agüero en Montevideo y consiguió que la prensa hispana en este país acogiera con absoluta indiferencia la llegada de aquél a Buenos Aires. Esta estrategia se reveló eficaz y las dos conferencias dictadas por Agüero el 7 y el 22 de noviembre apenas tuvieron resonancia, hasta el punto de que un grupo de independentistas cubanos se vieran obligados a manifestarse frente al Club Español al término de la última, sin que lograran suscitar ningún tipo de respuesta. El incidente fue aprovechado por Durán para subrayar ante las autoridades argentinas la contención mostrada por los más de ochenta mil españoles que residían en la provincia de Buenos Aires y el peligro de que este tipo de provocaciones acabaran alterando el orden público. La importancia del colectivo español y la propia indiferencia de la sociedad y la clase política argentina hacia la cuestión cubana movieron a Uriburu a prohibir cualquier otra reunión que intentaran celebrar en el futuro los partidarios de la independencia de Cuba.⁶⁰

El estallido de la Guerra Hispano-Norteamericana en abril de 1898 no alteró la actitud de neutralidad seguida hasta ese momento por los gobiernos rioplatenses y abrió un intenso debate intelectual que reforzaría las posiciones hispanistas de un importante sector de la intelectualidad argentina y uruguaya.

.....

⁵⁷ Gil a Gullón, 17 de octubre de 1897, en AHN, exteriores, leg. H-2903.

⁵⁸ Ibáñez, "Relaciones Uruguay-España", pp. 203-204.

⁵⁹ Gil a Gullón, 30 de octubre de 1897, en AHN, exteriores, leg. H-2903.

⁶⁰ Durán a Gullón, 24 de noviembre de 1897, en AHN, exteriores, leg. H-2902.

A modo de conclusión: diplomacia e hispanismo durante la Guerra Hispano–Norteamericana

El hundimiento del acorzado estadounidense *Maine* en el puerto de La Habana, en febrero de 1898, hizo imposible cualquier acuerdo negociado en torno a Cuba. Un mes más tarde, Washington presentaba al gobierno español un ultimátum para que renunciara a su soberanía sobre Cuba que desembocaría en el inicio de la Guerra Hispano–Norteamericana.

Tanto el gobierno de Montevideo como el de Buenos Aires se apresuraron a adoptar una actitud de estricta neutralidad. La desconfianza hacia las intenciones de Estados Unidos en Cuba movió a ambos ejecutivos a contemplar con simpatía los esfuerzos españoles para retener la Isla, al tiempo que pasaban a considerar a los independentistas cubanos como poco menos que simples peones de los planes de Washington para establecer un protectorado sobre Cuba. En este contexto, los intentos de la delegación en Nueva York para que la declaración de neutralidad fuera acompañada por el reconocimiento de la beligerancia del ejército revolucionario cubano estaban condenados al fracaso.⁶¹

Pocas semanas después de consolidarse en el poder por medio de un golpe de Estado, Cuestas, que anteriormente había dado muestras de empatía con la causa cubana, comunicó reservadamente a Gil Uribarri sus simpatías por España. Su gobierno no sólo toleró tácitamente las actividades proselitistas de la colonia española, incluida la suscripción pública que recaudó en pocos meses más de cien mil pesos para apoyar el esfuerzo de guerra español, sino que también rechazó las recurrentes protestas del representante estadounidense para que se limitaran los ataques de la prensa uruguaya y española en contra de su país.⁶² Cuestas obligó, asimismo, en mayo, a los cruceros estadounidenses *Oregón* y *Marietta* a abandonar Montevideo con destino a Río de Janeiro, permitiéndoles tan sólo una escala de 24 horas en

.....

⁶¹ Morales Pérez y Sánchez Andrés, *Diplomacias en conflicto*, p. 305.

⁶² Gil a Gullón, 20 de abril de 1898, en AHN, exteriores, leg. H-2904.

aplicación de las leyes de neutralidad. Este mismo plazo fue impuesto, pocos días después, al cañonero español *Temerario*, pero facilitándole, al propio tiempo, el tránsito por aguas uruguayas hasta Asunción, donde la cancillería uruguaya respaldó las gestiones españolas para que se permitiera la estadía del buque hasta agosto. Ello evitó que el *Temerario* fuera interceptado por los cruceros estadounidenses enviados al Río de la Plata tras la alarma creada por la prensa norteamericana, que consideraba a este buque como un peligro para sus mercantes en la región.⁶³

La actitud del gobierno hacia el conflicto fue compartida por la mayoría de la sociedad uruguaya que pasó a considerar a la exmetrópoli como una nueva víctima del expansionismo estadounidense. La ola de solidaridad con España fue tal que no escaparon a la misma ni la colonia italiana, ni aquel sector de la prensa uruguaya que, como *El Siglo*, se había mostrado favorable a la independencia de la Isla.⁶⁴ Este proceso fue alimentado por la mayoría de los intelectuales uruguayos, encabezados por José Enrique Rodó, que consideraban que el expansionismo estadounidense constituía una amenaza para todos los pueblos del continente y que contraponían al materialismo estadounidense la existencia de una supuesta matriz cultural de carácter idealista, común a todos los pueblos latinoamericanos. Esta posición, que sería sistematizada dos años más tarde en su obra *Ariel*, implicaba una reformulación de los orígenes de la identidad latinoamericana, al reivindicar diversos aspectos de la herencia española en sintonía con las tesis defendidas tradicionalmente por el hispanismo conservador.⁶⁵

.....

⁶³ Gil a Gullón, 9 de mayo de 1898, en AHN, exteriores, leg. H-1795 y duque de Almodóvar del Río, nuevo ministro de Estado, a Gil, 25 de octubre de 1895, en AHN, exteriores, leg. H-1354. Sobre la alarma creada por la prensa estadounidense, véase Marco, *La armada española*, pp. 441-442.

⁶⁴ Gil a Gullón, 16 de abril de 1898, en AHN, exteriores, leg. H-2904.

⁶⁵ Pérez, “El 98 español”, pp. 137-138. Para un análisis del impacto del 98 sobre un sector de la intelectualidad latinoamericana, véase Bergel y Martínez Mazzola, “América Latina”, pp. 122-123.

Las simpatías por España arrastraron incluso a un sector de la sociedad uruguaya a organizar una “legión hispano-uruguaya” que se trasladaría a Estados Unidos para luchar contra el cuerpo expedicionario estadounidense. El proyecto fue promovido por Fortunato Flores, hijo del caudillo uruguayo Venancio Flores, que había ocupado la presidencia entre 1865 y 1868. Llegó a contar con más de tres mil voluntarios, tanto españoles como uruguayos, incluyendo a varias decenas de jefes y oficiales del ejército oriental. Pese a su valor propagandístico, el gobierno español desestimó el ofrecimiento tanto por sus dificultades logísticas, como por la inquietud de la administración uruguaya a que pudiera provocar un conflicto diplomático con Washington.⁶⁶

El gobierno argentino adoptó igualmente una actitud neutral hacia el conflicto hispano-norteamericano. La diplomacia española dirigió sus esfuerzos en una doble dirección. Por una parte, trató de impedir que la administración argentina reconociera la beligerancia de los separatistas cubanos y limitara su neutralidad a guardar una posición equidistante entre España y los Estados Unidos. Por otra, la legación trató de movilizar al colectivo migratorio en este país y de ganar la batalla de la opinión pública con motivo del conflicto.

Durán tuvo éxito en ambos objetivos. La administración argentina no sólo no reconoció la beligerancia de los rebeldes cubanos mientras duró el conflicto, sino que restringió aún más las actividades de los agentes cubanos en Buenos Aires. Las tensiones fronterizas con Chile facilitaron el trabajo de la diplomacia española, ya que incrementaron el interés de Buenos Aires por evitar cualquier complicación internacional.⁶⁷ El representante español tuvo un éxito similar en la movilización del colectivo español. Durán consiguió organizar una

.....

⁶⁶ Sobre este proyecto, véase Pérez, “El 98 español”, pp. 135-136.

⁶⁷ Curiosamente, la crisis chileno-argentina condujo a un compromiso entre ambas naciones para someter la cuestión al arbitraje del ministro estadounidense en Buenos Aires en noviembre de 1898, ya concluida la guerra hispano-norteamericana, véase Satas, *Una política exterior*, pp. 149-150. Los problemas limítrofes entre ambos países en torno a la Puna de Atacama y la frontera patagónica pueden seguirse en Espinosa, *La Guerra del Pacífico*, y Ruiz, *Historia de las relaciones*.

comisión para reunir fondos con destino a la Suscripción Nacional para el Fomento de la Marina de Guerra organizada por el gobierno de Sagasta, logrando recaudar en los meses siguientes más de un millón novecientos cincuenta mil pesos. Esas cifras deben sumarse a las obtenidas hasta ese momento por la APE (1 680 000 pesos) y por una comisión especial encargada de celebrar fiestas y actos patrióticos (100 000 pesos). En conjunto, la legación calculaba que la inmigración española en Argentina remitió al gobierno español con motivo de la guerra de Cuba cerca de quince millones de pesetas, es decir, casi la mitad de lo recaudado en la propia España. Una parte de esta cantidad sería utilizada para la construcción del crucero *Río de la Plata*.⁶⁸

En gran medida, este éxito residió en la masiva participación de la colectividad española en las distintas actividades organizadas por la APE, organismo que llegó a reunir a más de ochenta mil miembros de cuota. Un número de socios mucho mayor que cualquier otra asociación latinoamericana de la época.⁶⁹ Las actividades de la APE tuvieron cierta resonancia entre amplios sectores de la inmigración italiana e incluso de la población argentina. La intervención estadounidense suscitó la indignación incluso de los partidarios de la independencia de Cuba y provocó un clima generalizado de simpatía hacia la antigua metrópoli. El multitudinario mitin celebrado en el teatro de la Victoria, el 2 de mayo de 1898, que agrupó a cientos de españoles, italianos y argentinos en un acto de solidaridad con España y de repudio hacia la intervención estadounidense en Cuba, presentada como una nueva muestra de la agresión de la raza anglosajona contra la latina, constituyó el clímax de este proceso.⁷⁰

Esta situación abrió una controversia que dividió a la elite intelectual porteña. La mayor parte de la misma, encabezada por personalidades

.....

⁶⁸ Julio de Arellano, nuevo ministro en Buenos Aires, a duque de Almodóvar del Río, 1 de febrero de 1899, en AHN, exteriores, leg. H-2314.

⁶⁹ Arellano a Francisco Silvela, nuevo ministro de Estado, 27 de diciembre de 1899, en AHN, exteriores, leg. H-2314.

⁷⁰ McGann, *Argentina, Estados Unidos*, p. 277. Sobre el desarrollo del acto y los discursos pronunciados, véase *El Correo Español*, Buenos Aires, 3 de mayo de 1898.

como el futuro presidente Roque Sáenz Peña, Paul Groussac o José Tarnassi, adoptó una posición abiertamente hispanista que, sin oponerse abiertamente a una eventual independencia de Cuba, anteponeía la defensa de la exmetrópoli como víctima de la doctrina Monroe. Ciertamente, algunos intelectuales como Carlos María Urien mantuvieron un discurso crítico con la política antillana de España, en el que se resaltaba que la intervención estadounidense facilitaría, en definitiva, la independencia de Cuba. Su postura fue, sin embargo, ampliamente minoritaria frente a la de los anteriores, que consideraban que la intervención estadounidense conduciría, más que a la independencia, a la subordinación de la Isla a la potencia del norte, como finalmente sucedió.⁷¹ Este debate coincidió –al igual que en el caso uruguayo– con el inicio de un replanteamiento de los elementos que hasta entonces habían definido la identidad nacional en ambos países, en el que tendría lugar una creciente revalorización de la herencia cultural hispánica que acabaría por formar parte de los nuevos imaginarios nacionales. La Guerra Hispano-Norteamericana facilitó el inicio de este proceso, al tiempo que supuso la desaparición del lastre que la presencia española en Cuba y Puerto Rico había representado para la política latinoamericana de España.

.....

⁷¹ Sobre este debate, véase López, “Los intelectuales argentinos”, pp. 3-25.

Fuentes

Archivos

Archivo Histórico Nacional, Madrid, AHN.

Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, AHGE-SRE.

Bibliografía

Asociación Patriótica Española. Primer Ejercicio, 1896-1897, Buenos Aires, Imprenta Oficial de *El Correo Español*, 1897.

Bertoni, Lilia, *Patriotas cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001.

Cabañas, José R. et al. (comps.), *José Martí, cónsul de la República Oriental del Uruguay*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2016.

Díaz, Bárbara, *La diplomacia española en Uruguay en el siglo XIX. Génesis del tratado de paz de 1870*, Montevideo, Universidad de la República, 2008.

Duarte, Ángel, “España en la Argentina: una reflexión sobre el patriotismo decimonónico español en el tránsito de los siglos XIX al XX”, en *Illes e Imperis*, núm. 7, 2004, pp. 177-200.

Espinosa, Óscar, *La Guerra del Pacífico y la Puna de Atacama (1884-1899)*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1958.

Fernández, Alejandro, *Un “mercado étnico” en el Plata. Emigración y exportaciones españolas a la Argentina*, Madrid, CSIC, 2004.

—————, “El asociacionismo español en Argentina: una perspectiva de largo plazo”, en Juan Andrés Blanco Rodríguez (ed.),

El asociacionismo en la emigración española a América, Salamanca, UNED y Junta de Castilla y León, 2008, pp. 469-501.

Figallo Lascano, Beatriz, “Argentina”, en Carlos Malamud (coord.), *Ruptura y reconciliación. España y el reconocimiento de las independencias latinoamericanas*, Madrid, Taurus y Mapfre, 2012, pp. 219-238.

—————, *Argentina y España: entre la pasión y el escepticismo*, Buenos Aires, Teseo, 2014.

Garabedian, Marcelo Hugo, “La guerra de Cuba y la participación de la colectividad española de la Argentina: el caso de los asturianos de Buenos Aires”, en *Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S. A. Segreti*, vol. VI, núm. 16, 2006, pp. 67-80.

García, Ignacio, “...‘Y a sus plantas rendido un león’: xenofobia antiespañola en Argentina, 1890-1900”, en *EML*, núm. 39, 1998, pp. 195-221.

—————, “Voluntarios españoles del Río de la Plata en la guerra de Cuba”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 577/578, 1998, pp. 113-128.

García Sebastiani, Marcela, “España fuera de España. El patriotismo español en la emigración argentina: una aproximación”, en *Hispania*, vol. LXXIII, núm. 244, 2013, pp. 469-500.

Herrera, Claudia E., “Elites y poder en Argentina y España en la segunda mitad del siglo XIX”, tesis de doctorado inédita, Madrid, UCM, 2003.

Ibáñez Gisbert, Raquel Cecilia, “Relaciones Uruguay-España, 1830-1900”, tesis doctoral inédita, Madrid, UCM, 1989.

López, Carolina E. “Los intelectuales argentinos frente a la independencia cubana de 1898: último bastión imperialista y nuevo estatus colonial”, en *Araucaria*, núm. 26, 2011, pp. 3-25.

López Mesa, Enrique, “La colonia cubana de Buenos Aires. La crisis del 98 y la gran prensa argentina. Apuntes para un estudio”, en *Calibán. Revista Cubana de Pensamiento e Historia*, núm. 19, 2014, pp. 1-8.

McGann, Thomas F., *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano*, Buenos Aires, Eudeba, 1960.

Marco, Miguel Ángel de, *La armada española en el Plata (1845-1900)*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario, 1981.

Martin y Ricardo Martínez Mazzola, “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad de los reformistas universitarios (1918-1930)”, en Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina: los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo xx*, Buenos Aires, Katz Editores, 2010, vol. II, pp. 122-123.

Memorias de la Comisión Nacional y del Comité Patriótico Nacional para la suscripción mensual y anual, Montevideo, 1896-1898, Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1899.

Morales Pérez, Salvador, y Agustín Sánchez Andrés, *Diplomacias en conflicto. Cuba y España en el horizonte latinoamericano del 98*, México, Centro Ing. J. L. Tamayo, 1998.

Moya, José C., *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, Berkeley, University of California Press, 1998.

Oribe Stemmer, Juan, “Uruguay”, en Carlos Malamud (coord.), *Ruptura y reconciliación. España y el reconocimiento de las independencias latinoamericanas*, Madrid, Taurus y Mapfre, 2012, pp. 269-286.

Ortiz y San Pelayo, Félix, *Boceto histórico de la Asociación Patriótica Española*, Buenos Aires, s.e., 1914.

Paradiso, José, “El poder de la norma y la política del poder, 1880-1916”, en Silvia Ruth Jalabe (comp.), *La política exterior argentina y sus protagonistas*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1996, pp. 21-22.

Pérez, María E., “El 98 español visto desde el Uruguay”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 577/578, 1998, pp. 129-139.

Puiggrós, Ernesto et al. (eds.), *La inmigración española en el Uruguay. Catalanes, gallegos y vascos*, México, IPGH, 1991.

Ribadulla Barrientos, Daniel, *La “amistad irreconciliable”. España y Argentina, 1900-1914*, Madrid, Mapfre, 1992.

Ruiz, Isidoro, *Historia de las relaciones exteriores argentinas (1810-1955)*, Buenos Aires, Perrot, 1961.

Sánchez Alonso, Blanca, *La inmigración española en Argentina. Siglos XIX y XX*, Gijón, Júcar, 1992, y “La emigración española a la Argentina, 1880-1930”, en Nicolás Sánchez Albornoz (coord.), *Españoles hacia América: la emigración en masa*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 205-234.

Sánchez Andrés, Agustín, “Entre la espada y la pared. El régimen autonómico cubano, 1897-1898”, en *Revista Mexicana del Caribe*, núm. 16, 2003, pp. 7-41.

—————, “Una diplomacia defensiva: la política exterior española en el Caribe y el Golfo de México entre 1865 y 1878”, en *Hispania*, vol. LXVII, núm. 226, 2007, pp. 487-516.

—————, “La intervención española en el Pacífico sur en el contexto de la política latinoamericana de España, 1863-1866”, en Guillermo Palacios y Erika Pani (coords.), *El poder y la sangre. Guerra. Estado y nación en la década de 1860*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 339-364.

Sánchez Mantero, Rafael *et al.*, *La imagen de España en América*, Sevilla, CSIC, 1994.

Satas, Hugo R., *Una política exterior argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1987.

Zubillaga, Carlos, *Hacer las Américas. Estudios históricos sobre la emigración española al Uruguay*, Montevideo, Fin de Siglo, 1993.